



LA SAMÍRAMIS NORTEÑA

Pablo Gasca Andreu

LA SAMÍRAMIS NORTEÑA



Primera edición: enero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo Gasca Andreu

ISBN: 979-13-87612-22-1

ISBN digital: 979-13-87612-23-8

Depósito legal: M-28366-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Taonga y Enoa, mis nietos.

Proemio introductor

Para un profano, el epígrafe «La Samíramis norteña» no le da muchas pistas para vislumbrar, ni siquiera intuir, la temática de este relato.

La leyenda de Samíramis tiene muchas versiones y se recubre de tantas aristas que cada uno podemos entresacar de ella las excelencias o virtudes, amén de los vicios o perversiones que estigmatizan a la diosa-reina Samíramis, y que nos gustaría recrear en los personajes de nuestros relatos.

Pues bien, el título de esta novela hace referencia a la analogía que existe con la mujer protagonista de esta historia, que encarna, en mi opinión, muchas de las cualidades físicas, morales, políticas... que adornaron a la legendaria Samíramis.

Sin duda, ambas combinaron, en su persona, belleza e inteligencia con una voluntad férrea y ambiciosa; una imaginación desbordante y soñadora con el pragmatismo y la determinación de una mente culta.

El resultado, a pesar del machismo y la misoginia reinantes, no podía ser otro que alcanzar la cima del poder y la gloria.

Sin embargo, no se crea que todo fue un camino limpio o una trayectoria recta; antes bien, fue un discurrir entre barucas erizadas de riesgos, entre meandros de aguas turbulentas, entre trampas arteras u óbices sinuosos.

Nuestra Samíramis sufrió muchas humillaciones por su condición de mujer bella, culta e inteligente. Algo que el machismo de la época no asumía y que, a veces, derivó en una misoginia irracional, incluso entre sus más allegados.

Celos, envidias, ninguneos, venganzas... fueron hándicaps habituales que nuestra insignificante princesita alemana, Sofie, tuvo que superar desde su infancia hasta convertirse en la emperatriz de todas las Rusias.

La obra cuenta, en forma autobiográfica, esta trayectoria vital de una jovencísima princesa prusiana de 14 años en Rusia que, bajo la tutela de una madre dominante y ambiciosa, llega para casarse con el heredero de la corona, el gran duque Pedro.

En el ambiente hostil de una corte corrupta e intrigante, la pequeña Sofie irá superando pruebas hasta que consigue, 20 años después, que el destino se cumpla y la convierta en emperatriz autócrata y absoluta del Imperio ruso.

Seguir su trayectoria vital hasta encumbrarse en el trono ruso es el objeto de esta obra. Es mi intención, pues, contar solo hasta el momento en que la pequeña Sofie, una venial y modesta princesita alemana, ha hecho realidad su cuento de hadas; ha conseguido el objetivo que se propuso al venir a la ignota e inhóspita tierra rusa; ha alcanzado el último peldaño que la coloca en el sagrado sitio de la corona de todas las Rusias; ha cumplido su fantástico sueño de ser la emperatriz del vastísimo territorio ruso.

Para mí, es en esta etapa donde el personaje central muestra su personalidad arrolladora con toda su fuerza narrativa, donde lo novelesco y legendario maridan perfectamente, donde la realidad y la ficción pueden despistar o confundir.

Pero claro, la historia continúa y da paso a lo prosaico y vacío, a lo conocido y manipulable; convertida ya en una mujer poderosa de costumbres disolutas, envidiada y respetada en todas las cortes europeas, se convertirá en paradigma de reina ilustrada. Solo que, entre las brumas de la historia, juicios interesados de machistas recalcitrantes o misóginos acomplejados la vituperarán y la estigmatizarán, a su antojo, como la Mesalina rusa, por su presunta promiscuidad y ninfomanía.

Sin embargo, Catalina II la Grande y su «glorioso» reinado ya están en los anales de la historia y pueden ser fuente de inspiración

cinematográfica, pero carecen del gancho novelesco del sueño fantástico y quimérico de una humilde princesita germana.

1ª Parte

Stettin (Pomerania)

Enero de 1729

—¡Encended la chimenea, haraganes! —brama la joven embarazada, que pasea nerviosa por la estancia, a la vez que mira la cristalera traslúcida cubierta por un cendal de vaho que atenúa la iluminación cada vez más asténica y mortecina.

Remoloneando y palmariamente hastiados, alguno de los presuntos gandules intenta aminorar la histeria de la grávida, simulando un ajetreo y diligencia que suavicen la vesania iracunda de las últimas amanecidas.

Ellos no se consideran lacayos o fámulos de aquella vetusta casona, casi inhabitable, que sirve de residencia a la familia del comandante del Regimiento de Granaderos del Rey, acantonado en aquel lugar fronterizo de Pomerania tan lejos de la corte o de cualquier gobernación civilizada.

Tan solo son reclutas de la última leva, convertidos en asistentes de la oficialidad, pero no mucamos ni acólitos de la esposa del comandante. Por eso, se rebelan a la tiranía de aquella niñata consentida, que, por el hecho de estar preñada y verlos allí, se figura con derecho a ponerles un bozal amordazante o someterlos mediante el dogal de una férula mental.

No obstante, los interpelados, aunque los reglamentos internos del Regimiento los avalen, valoran las bondades de un destino tan

confortable, frente a las guardias severas o marchas inclementes por aquel territorio tan hostil; se resignan, pues, a sus antojos y humoradas, amén de plegarse a la voluntad caprichosa de la esposa de su comandante.

La embarazada, ajena ya al conflicto creado a los intereses de los reclutas, se asoma al ventanal para, con una vaharada de su hálito caliente, intentar abrir un boquete que la informe del oraje exterior.

Restriega varios cristales hasta que una mínima transparencia le permite hacerse idea de cómo la ventisca va distribuyendo la nieve componiendo curiosas figuras según los obstáculos que se interponen en su camino. Observa, asimismo, cómo el manto blanco va limando las aristas, redondea la floresta, rellena vaguadas o suaviza desniveles.

La joven verbaliza, en tono lastimero, su esplín aburrido y tedioso:

—¡Otro día de hastío insufrible!

Apodícticamente cierto, el tajo de nieve significa nuevo encierro obligado, otra jornada rumiando melancolía y soledad, otro confinamiento irremediable y van...

Porque a la joven princesa Juana Isabel de Holstein-Gottorp, de solo quince años, la habían desposado con el bizarro militar, el príncipe Cristian Augusto de Anhalt-Zorbst, de 37 años, entregado a la milicia y enamorado de la vida castrense.

Poco sabía la princesita de aquel segundón de Zorbst, un noble vulgar, sin virtudes y vicios especiales, de mediocre ambición y sincera piedad.

Como la mayoría de sus parientes, había tomado parte en algunas campañas, siendo un buen soldado que cumplía su cometido leal y escrupulosamente sin que se le reconocieran actos heroicos o capacidad de liderazgo.

Nada, pues, entorpece o acelera su carrera, trazada de antemano como vasallo honrado e incondicional del rey sargento prusiano, Federico Guillermo.

A la sombra generosa de su soberano y disfrutando de las escuálidas rentas de un pequeño principado como el de Anhalt-Zorbst, contrae matrimonio, a los 37 años, con una princesa de rango similar, convirtiéndose en un marido y padre modélicos.

La joven esposa es la cuarta hija del príncipe Holstein-Gottorp, que se ha educado en la corte de su tío, el príncipe reinante de Braunschweig, cuya corte es la más importante de Alemania, incluso más regia y presuntuosa que la de Berlín del tacaño rey Federico Guillermo.

Solo que, en la corte del tío, Juana Isabel no es más que una pariente pobre. Todo su patrimonio reside en ese parentesco que ella valora sobremanera. Su orgullo de casta es extraordinario y dedica la mayor parte del día a cultivar sus relaciones familiares por medio de visitas o una correspondencia escrupulosa.

Añadir que, por las consecuencias que tendrán posteriormente, a la familia de la joven desposada le une una cierta relación de parentesco con la casa del zar de Rusia, aunque se trata de dos casos de infausto recuerdo: su primo, Federico de Holstein, había contraído matrimonio con Ana, la hija menor del zar Pedro el Grande, que murió poco después del nacimiento del niño Pedro Ulrique; también que el propio hermano de Juana había estado prometido a la futura zarina Isabel, pero que murió de viruela, en Petersburgo, unas semanas antes de la boda.

Estos son, pues, los cónyuges que, efectivamente, hacía poco más de un año, el 8 de noviembre de 1727, se habían casado, con el beneplácito y aquiescencia de ambas familias, amén de escasa publicidad y parafernalia, en la Vechelde, pequeña localidad de la Baja Sajonia.

Sin embargo, el enlace sí fue comunicado nada menos que al zar reinante Pedro II. Sin duda, aunque escrita por el marido Cristian Augusto, la misiva fue inspirada por Juana Isabel como una intuición genial de «cultivar las relaciones rusas».

Claro que la pequeña soñadora, Juana Isabel, vio cortada, así, su feliz existencia para ser entregada, en matrimonio, a un eximio

militar prusiano, pero alejado del ambiente cortesano y alérgico a todo lo frívolo y mundano.

Debía, pues, abandonar sus pretensiones de una vida social sofisticada y relevante; debía renunciar al ambiente cortesano y rebajar sus ínfulas de ascenso social mediante unas relaciones bien cultivadas.

Había tenido que acompañar a su marido a un destino provinciano de poco lustre, de escasas posibilidades de vida social, de alejamiento de los centros de decisión y poder; vamos, un ostracismo y proscrición, en toda regla, para la exaltación de sus sueños de encumbramiento.

Además, las pasadas Navidades habían anunciado a la familia el deseado embarazo, pero que a la inquieta desposada limitaba sobremanera su libertad de movimientos para sus correrías juveniles o sus escapadas a una naturaleza desbordante y prístina.

Y, como quiera que las ocupaciones de su marido lo ausentaban con frecuencia de su lado, se veía condenada a una existencia de solitario enclaustramiento y amarrada al duro banco de una casa destartada e incómoda.

Por eso, no es de extrañar sus arrancadas de inconformismo o la proyección iracunda de sus frustraciones en la gente que tenía más cerca.

Sin embargo, no se crea que Juana Isabel estaba siempre así, pues, como señorita de prosapia y alcurnia, disponía de doncellas que no descuidaban su acicale personal o su vestimenta, sus ratos de piano y lectura, amén de que, a pesar de la crudeza y rigor del invierno pomerano, realizaba paseos diarios por la floresta o por las orillas del lago...

Claro que también había momentos para el chismorreo —algo inherente a su personalidad— local y para la pequeña maquinación o intriga con la colaboración de la gente de su entorno más cercano que se desvivía por complacerla o ser cómplice de sus locuras juveniles.

Una noche tormentosa, tras el toque de silencio, unos golpes secos y apremiantes en el portalón quebraron el silencio y la quie-

tud de la casona sobresaltando a la joven embarazada, que, con la prevención debida, ordenó franquear la entrada al intruso impaciente.

Algo grave debía ocurrir para perturbar la paz hogareña y alterar el sosiego de la preñez que la dueña de la casa necesitaba.

Ante la perplejidad y expectación de todos, apareció un militar estilizado y de buena estatura, con las botas embarradas, sacudiéndose la casaca y el casco, embolisados por la ventisca.

Vestía el uniforme prusiano de granadero del rey —gorro rojo, casaca azul con ribetes blancos— y con entorchados de mayor general.

—¡Vaya noche de perros! —bramó con indisimulado fastidio mientras recomponía su figura, envarándose con marcialidad y saludando a los presentes como si fuesen una tropa.

—Cristian Augusto, esposo mío, ¡qué agradable sorpresa..., te hacía en la capital! —masculló Juana Isabel con disimulada afectación a la vez que ordenaba a la servidumbre—: ¡Rápido, ropa seca para el señor!

—Y tú, pequeña, ¿cómo estás? —inquirió, manifestando su contento mientras se abrazaban con efusión y ternura.

Juntos, se pudo apreciar su estatura desigual; la cara fresca y juvenil de ella, frente al semblante surcado, hosco de él; la larga cabellera trigueña y la viveza de los ojos de cielo, en ella, que contrastaban con su pelo ralo e hirsuto, amén de unos ojos oscuros, hundidos y cansados que denotaban ajamiento y vejez prematura. Claro que la edad de los esposos se distanciaba en 22 años.

—Bien, pero sola y extrañándote todo el tiempo, pues apenas te veo, esposo mío. Tienes que sacarme de este lugar tedioso y aburrido, que me llena de desazón y melancolía. Echo de menos a mi familia, mis amistades y necesito gente con la que relacionarme y sentirme viva. ¡Aquí voy a volverme loca! —gritó, rebelde y desabrida.

—Pero tú ya sabías cómo era la vida en un campamento militar, ¿o no? —replicó el marido con manifiesta incomodidad.

—Pensaba que habría otras familias de oficiales con las que alternar, convivir o socializar, pero no ha sido así, pues la mayoría no reside aquí, sino en sus ciudades de origen o cerca de la corte —objetó en tono vehemente no exento de cierta ironía.

El uniformado guardó un grávido silencio de incomodidad, sin acertar con una réplica contundente que rebatiera sus argumentos. En realidad, no la había; antes bien, pensó que Juana Isabel tenía razón para sentirse así. Solo que, a él, en su egoísmo y alergia a esa vida mundana, le bastaba para ser feliz el bucolismo del paisaje pomerano, las ocupaciones de su cargo militar, amén de la compañía de una criatura deliciosa como su joven y bella esposa. No necesitaba más.

Por la severidad de su semblante, Juana Isabel adivinó sus disquisiciones internas; su ponderado análisis sobre lo conveniente o correcto; su incomodidad ante lo novedoso e inhabitual y su angustia por conciliar las preferencias y rutinas de un rudo militar con los gustos y prioridades de una joven cortesana.

Asimismo, era consciente del hándicap que suponía una diferencia de edad tan acusada entre ellos; al igual que el ambiente en el que se desenvolvían sus vidas, sería un serio obstáculo para una convivencia matrimonial bien avenida y feliz.

Por eso, ella pensó que el arribo rápido de un hijo podría ser un poderoso vínculo de unión y armonía para la pareja. Solo que no tuvo en cuenta lo que sería, para una primeriza, un embarazo en soledad o lejos del ambiente amable y acogedor de su principesca familia.

Todo esto relampagueó en su cabeza con extrema raudeza, antes de percibir en su esposo una ostensible relajación de sus facciones y emitir una sonrisa de complacencia que disimuló un poco su marcado prognatismo mandibular.

—Niña, ¡quiero comunicarte una gran noticia! —exclamó, ampliando la sonrisa de su contento.

—¿Una... gran noticia? —musitó la muchacha sin disimular su escepticismo.

—Dentro de dos semanas visitará nuestro acuartelamiento el rey Federico Guillermo I —le informó, a la vez que se cuadraba como si tuviera delante al mismísimo monarca prusiano.

La noticia dejó patidifusa a la joven, que pestañeó con perplejidad, quedándose, por momentos, totalmente afásica.

Sin reponerse de la novedad y antes de que dijese algo, vio como el marido se adentraba en sus aposentos para cambiarse el uniforme sucio y mojado.

Antes de solicitar detalles sobre el evento, tuvo tiempo de rumiar en su cabeza la significación de la visita regia; por inhabitual, intentar asimilarla, amén de hacerse una composición de lugar para pergeñar su comportamiento en un papel, sin duda, de protagonista.

Esta contingencia la llenaba de satisfacción, a la vez que la responsabilizaba, como anfitriona, de que todo saliera perfecto. En esas estaba cuando, ya cambiado, apareció la cara risueña de su esposo que se acercaba, disciplinado y atento, a explicitar los detalles del notición.

—¿A qué debemos semejante honor? —le espetó Juana Isabel, con indisimulada impaciencia.

El interpelado, con una actitud entre hierática y fatua, se envaró con su marcialidad, acostumbrado para responder con cierta solemnidad:

—Viene a reconocer mis méritos guerreros y a mi toma de posesión como nuevo comandante en jefe del Regimiento de Granaderos del Rey.

—Claro, por eso fuiste llamado a Potsdam, ¿no?

—Estos días se me ha explicado los pormenores y la voluntad regia de asistir a ceremonias de este tipo para exaltar el papel del Ejército dentro del Estado prusiano.

—Creo que el rey Federico Guillermo siempre viste de militar, ¿verdad?

—El Rey Sargento se le apoda cariñosamente por su inclinación a destinar el máximo de recursos para el desarrollo del Ejército. Y, aún hay más...

—Cuenta, cuenta —lo atajó entusiasmada.

—Tú no lo sabes, pero hace más de tres años se me concedió, por mis servicios y méritos de guerra, la más alta condecoración que un militar prusiano puede recibir: el reconocimiento como caballero de la Orden del Águila Negra¹. Ahora, el rey quiere imponérmela, personalmente.

—¡No sabía que tuviera un marido tan importante! —exclamó la joven, ratificando su entusiasmo y alborozo.

—Hay que prepararlo todo a conciencia —repetía el militar muy responsabilizado con perspectiva—. Del protocolo militar me encargo yo, pero ¿querrás ayudarme en la recepción oficial?

Nada podía alegrar más a la ociosa embarazada que colaborar en la organización de semejante evento. Por fin, podría lucirse y alternar con lo más granado de la corte prusiana. Era el sueño dorado de cualquier princesita alemana que desea formar parte de la élite social que conformaba el círculo más cercano del rey de Prusia. Así que...

—Demostraré que mi educación principesca, mi capacidad organizativa, amén de mi simpatía personal darán el lustre que merece la visita regia —enfaticó Juana Isabel en tono mayestático y solemne.

Olvidándose de su estado de preñez avanzado —seis meses—, comenzó para ella una actividad febril de coordinación y relaciones públicas con las autoridades de Stettin, en pos de una estadía, para el séquito regio, digna de cualquier capital de los principados que componían el reino de Prusia.

Desgraciadamente, el séquito oficial de Federico Guillermo I era reducido y limitado a militares de alta graduación, pues el

¹ La Orden del Águila Negra es una orden de caballería creada el 17 de enero de 1701 por el rey Federico I de Prusia. Fue la más alta condecoración otorgada en el Reino de Prusia. Su divisa era una cruz de Malta de oro esmaltada de azur con cuatro águilas de sable. En el anverso, estaban las letras F. R. (Fridericus Rex) y, en el reverso, el lema *Suum cuique*, con cinta de color naranja. La placa de la Orden del Águila Negra ahora se utiliza como el emblema de la policía militar alemana (Feldjäger).

desplazamiento se cernía exclusivamente a la ceremonia castrense, donde, tras la imposición de condecoraciones y la toma de posesión de la comandancia del Regimiento, hubo un brillante desfile militar que mereció todos los elogios del rey.

Ya por la noche, tuvo lugar, en el palacio de gobernación de Stettin, la cena de gala a la que asistieron obviamente las autoridades y gente principal del lugar.

Naturalmente, hubo besamanos, discursos, baile... Todo un acontecimiento para Stettin, para Pomerania.

Para la princesita Juana Isabel, fue su bautismo social como anfitriona de eventos importantes que supuso el espaldarazo definitivo para que, a partir de entonces, formara parte de la élite cortesana.

Por eso, al día siguiente...

—Quiero que nos instalemos en Potsdam o cerca de la corte —espetó a su marido en el desayuno.

—Es un deseo, un antojo, una necesidad... —le replicó con indisimulada ironía, algo sorna y cierta displicencia—. Porque, no ha mucho, defendías a ultranza tu presencia en mis destinos.

—No puedo estar sola ni sentirme sola en mis últimos meses de embarazo. Puedo necesitar cuidados médicos y la cercanía tranquilizante de la familia —replicó la grávida, repasando con sus manos la marcada redondez de su vientre.

Impecablemente uniformado y luciendo con orgullo la divisa de la Orden del Águila Negra, Cristian Augusto sonrió benevolente y, con tierna emoción, apoyó también sus manos enguantadas sobre la prominente barriga con la esperanza de sentir las pataditas reivindicativas de la criatura.

—Me parece razonable y podrías instalarte en alguna de las propiedades familiares de la Baja Sajonia, en el mismo Berlín o en la residencia oficial, en Potsdam, de la representación del principado de Schleswig-Gottorp. ¿Qué te parece?

—Gracias..., gracias, querido —repitió, a la vez que lo abrazaba mimosa.

—Sin embargo...

—¿Qué, querido? —lo atajó, pensando que la buena disposición de su marido le ofrecería alguna otra alternativa viable que conciliara mejor la penosa separación.

—Recuerda que, cuando nos casamos, empeñamos el compromiso mutuo de estar unidos en las alegrías y las penas, en la salud y la enfermedad...

—¿Qué intentas decirme, Cristian Augusto? —lo volvió a interrumpir en tono seco y algo desabrido.

El interpelado esposo la sujetó por los hombros con firmeza y la miró, entre comprensivo y exigente, para decirle en tono casi suplicatorio:

—Me gustaría, para bien o para mal, que estos complicados últimos meses de preñez los afrontáramos juntos y nuestro primogénito fuera alumbrado aquí, en Stettin, en Pomerania.

—Pero...

—Te prometo —fue ahora él quien la cortó— estar más tiempo contigo y garantizarte todos los cuidados médicos que necesites —y añadió, mientras la abrazaba con especial emotividad—: No podría soportar tu ausencia en momentos tan delicados.

Juana Isabel se sintió conmovida por su espontaneidad y ternura, respondiendo a sus caricias, también, con sincera naturalidad.

—Sea, pues, así —masculló con voz queda y emocionada.

Salvo por la prescripción de guardar cama en los dos últimos meses, todo fue perfectamente bien y los primeros vagidos de la neonata quebraron el silencio de Stettin (Pomerania), en la madrugada del 2 de mayo de 1729.

Esta fue, pues, la patria chica de Sofía Federica Augusta (Sophie Friederike Auguste von Anhalt-Zerbst, apodada Figchen), una princesa alemana de rango menor, a quien el destino le reservaba un puesto de privilegio en los anales de la historia.

Sin embargo, el alumbramiento de Sofie causó a sus padres una gran desilusión, pues habían deseado, fervientemente, un varón. Algo comprensible, pues los hijos se convierten en soldados con

empleo garantizado, mientras que una niña significaba una cruz para las familias aristocráticas de escasa fortuna.

El desencanto y el chasco de tal contingencia nunca fueron superados, especialmente por la madre, que, por su juventud, todavía mantenía sus propias ilusiones vitales sin realizar y se mostró fría, dura de corazón y sin ningún sentimiento maternal, algo realmente casi patológico.

En su descargo, podríamos decir que, habituada al lujo y a los placeres de la corte de Braunschweig, la vida en el provinciano Stettin le parecía tediosa y atribulada. Además, las rentas del principado son magras, el esposo tacaño e incapaz de satisfacer sus mínimos caprichos de mujer refinada. Asimismo, a la joven esposa le cuesta adaptarse a un marido —soldado puritano, taciturno y que la dobla en edad, frente a su viveza, temperamento y superficialidad—.

Es verdad que no siempre el amor de madre se despierta como una necesidad fisiológica al oír el primer plañido del recién nacido, pero Juana Isabel demuestra no estar preparada para la maternidad desde el momento mismo de la concepción, cuando la lleva en sus entrañas; en el mismo parto ni después. No se implica en su crianza, no la acaricia, no la contempla.

Para ella, es un ser extraño, casi un enemigo que ha trastocado su existencia. Por eso, la aparta de ella, entregándola a un ama, rara vez le dirige la palabra y, cuando lo hace, es para un reproche o una acusación.

Obviamente, la hija inocente percibe esa malquerencia que no pudo ser orillada fácilmente y ella misma nos lo recuerda, 42 años más tarde, en sus *Memorias*, que empiezan con estas palabras: «Mi nacimiento no fue acogido con alegría...».

Stettin (Pomerania)
Años de preparación y estudio
1729–1740

El matrimonio se afincó definitivamente en aquel territorio irredento de Pomerania, fuera de los círculos mediáticos de poder en Berlín o Potsdam, alejados de los sones y ditirambos de la corte, a salvo de coacciones, influencias y dictámenes familiares.

Un lugar idílico para la crianza de una prole sana y feliz, identificada con el bucolismo, la esencia y la magia de una naturaleza exuberante, auténtica y variada.

Una tierra de clima riguroso, con inviernos interminables y primaveras fútiles; un lugar con veranos de promesas cortas, tajados con raudeza por el impaciente podón otoñal que interrumpe con brusquedad el sueño de Céfitro, que, enfadado, estornuda desnudando a las caducifolias, que, suspirando, remolca a las migratorias en sus singladuras sureñas.

Unos parajes de aguas prístinas, de soles bausanos y perezosos, que enmarañan los cielos transmitiendo a la superficie su mensaje de tristeza y frialdad, pero que templan los ánimos, alimenta la firmeza de voluntades e incita a la diligencia y laboriosidad de sus gentes.

Así era el lugar donde la pequeña Sofie pasará una infancia alegre, aunque no dichosa; una tierra que serenará su espíritu, templará sus nervios y endurecerá su voluntad; un territorio irredento, propicio a la exploración y la aventura, que conformará la personalidad muy definida, firme e innovadora que posibilitará la realización de sus sueños imperialistas e ilustrados.

Sin embargo, para su madre, Juana Isabel, resignada, momentáneamente, a respetar los deseos de su marido, supondrá un sacrifi-

cio existencial notable, dada su condición de aristócrata educada y comprometida con una vida mundana, palaciega y cortesana.

Por eso, nunca se cerró la puerta a tal posibilidad y se procuró una residencia de la familia, en Berlín o Potsdam, donde podrían pasar largas temporadas, según la actividad cortesana.

De esta manera, ella siempre estuvo integrada en los círculos elitistas y, además, pudo completar la educación que recibían sus hijos en Stettin, especialmente de Sofie, con disciplinas propias de una futura cortesana.

Porque habría que decir que la princesa Juana Isabel de Schleswig-Gottorp, hija del príncipe Cristian Augusto de Holstein-Gottorp, príncipe de Eutin, y hermana del rey Adolfo Federico de Suecia, aunque se fue a vivir en la desolada Stettin, en los límites de la bahía de Pomerania, donde se encontraba la base del regimiento de su marido, siempre mantuvo la esperanza de que su estadía allí sería breve.

Pero, realmente, ¿en qué se basaba tal esperanza?, porque su marido estaba dedicado, en cuerpo y alma, a la milicia, al Regimiento de Granaderos, acantonado en Stettin.

Solo algo excepcional podría hacerlo desistir, algo que supusiera subir en el escalafón militar —piénsese en ascensos que implicaran cambios de destino— o un nombramiento relevante en la escala político-social.

—El nacimiento de la pequeña Sofie nos obliga a pensar en el modo y manera de procurarle una educación adecuada —espetó Juana Isabel a su esposo, una anohecida de idílica estampa familiar.

Sin duda, no expresaba una convicción para con la hija advenediza e inoportuna; antes bien, intentaba provocar una conversación que, sin mostrar abiertamente una capciosidad, serviría para meter, sutilmente, una cuña en contra de su permanencia obligada a residir en Stettin.

El interpelado levantó la cabeza con parsimonia, mostrando un semblante de perplejidad con una expresión bobalicona.

—¿No te parece algo pronto para semejante preocupación? —replicó inquisidor.

—Estoy encantada con Sofie, pero me hubiera gustado darte un hijo —afirmó con fingida naturalidad, sin dejar traslucir intencionalidad alguna.

Sin desaparecer su rostro bobalicón, el comandante Cristian Augusto frunció ahora el ceño y se acentuó su prognatismo.

—Pero ¿qué dices, mujer? ¿A qué viene esa desiderata? —insistió sin disimular su contrariedad.

—A ver, no malinterpretes mi comentario, solo planteaba la posibilidad de...

—No entiendo —la atajó—, ¿en qué medida cambiaría nuestra situación familiar?

Viendo que su marido no acertaba a comprender sus sutilezas, replegó velas para no descubrir su animosidad contra una estancia prolongada en aquel desolado lugar. Decidió no explicitar el origen de su comentario.

Era muy sencillo: el principal gobernante del principado Anhalt-Zerbst, Juan Augusto, primo de Cristian Augusto, al parecer no podía tener hijos y su hermano mayor, Juan Luis, era soltero. Lo que significaba que, si Juana Isabel le daba a su marido un hijo varón, su posición cambiaría fuertemente, pudiendo dejar finalmente la aburrida Stettin.

—Olvídalo, querido, no tiene importancia.

Solo fue, pues, un conato, un amago para que su marido valorara otras alternativas de cambiar de destino.

Resignada, Juana Isabel vio como después se volvía a quedar encinta, con la esperanza de que, esta vez, sí alumbrara un varón que sacara de su mutismo intelectual a su marido, más preocupado por sus quehaceres militares que por su situación familiar.

Efectivamente, el 17 de diciembre de 1730, un nuevo hijo apareció en el horizonte familiar de Juanay Cristian: un niño de aspecto frágil, enfermizo, con serias taras físicas, al que llamaron Guillermo Cristian Federico.

Sofie se percató de la alegría con la que sus padres reciben a este primer niño, exasperándola todavía más por la injusta postergación de

la que se le hace víctima. Es un nuevo agujonazo a su menosprecio, un nuevo puyazo a su orillamiento, una nueva punzada a su ostracismo que impregnan de rabia e impotencia sus recuerdos infantiles. Así lo manifiestan también en sus *Memorias*: «Dos años después daba a luz (la madre) un hijo al que idolatraba. Yo era únicamente tolerada y me reñían a menudo con dureza y no siempre con justicia. Yo percibía esto sin que mis sentimientos fueran muy claros todavía».

Es muy comprensible el desprecio y la inquina hacia este hermano, fatuamente preferido, con el que no tendrá una mínima intimidad fraternal.

Crece, pues, con la falta de ternura de unos padres volcados hacia el nuevo vástago como esperanza de futuro.

Estas carencias afectivas derivarán en ansias insaciables de amor, que la marcarán para siempre. Sin embargo, es una muchacha fuerte y robusta, dotada de una clara inteligencia y voluntad de la que ni ella misma es consciente.

Tratada injustamente, ninguneada, arrumbada, cultiva con terquedad su resistencia contra una madre despiadada y acerba contra una hija inocente; rebeldía contra un destino fatalista; arrostramiento contra su propia naturaleza de hembra fútil, banal e insignificante que supone un ajobo o gabela perennes para la familia.

Ella querría ser un hombre, incluso más que un hombre. Esta circunstancia, sin ni siquiera ser consciente de ello, será hilo conductor de su proyecto existencial.

Los años pasaron vertiginosamente y cuando, el 8 de agosto de 1734, nació un tercer vástago, Federico Augusto, la obsesión de la madre, Juana Isabel, se focalizó en preparar a sus hijos un futuro más distinguido que el que le había tocado a ella, obligada a casarse con un hombre de inferior rango.

Para ello, continuamente visitaba la corte del rey para mantener relaciones importantes que fueran de beneficio a su causa, amén de iniciar una programación educativa para sus retoños que los capacitara para desenvolverse con soltura y eficiencia en el mundo elitista de los adultos de su estamento nobiliario.

Consultaría la cuestión con su esposo, a fin de introducir una nueva cuña en su obsesión localista, en intentar abrir una ventana mental hacia horizontes más lejanos, en vencer su resistencia y animadversión hacia lo innovador y mundano.

—Deberíamos pensar seriamente en una formación adecuada para nuestros hijos, ¿no crees, querido?

El aludido levantó la cabeza de la lectura, enarcó las cejas de la sorpresa, hizo la mueca de escepticismo habitual de cuando algo lo descolocaba y quiso cerciorarse de haber entendido la inquisitoria.

—¿Te refieres a buscarles un preceptor?

—Me refiero a dotarlos de la educación pertinente que corresponde a todo noble alemán —replicó rauda y precisa.

—No te agobies y déjalos ser niños un poco más —objetó con indiferencia, no exenta de cierto desdén.

—Los estudios no son incompatibles con la actividad lúdica propia de la infancia —argumentó, Juana Isabel, en tono firme y resuelto.

—Pues, muy bien. Lo dejo en tus manos..., querida —musitó en un susurro de indolente fastidio antes de enfrascarse de nuevo en el repaso de unos informes.

Juana no se conformó con una victoria tan lábil, fruto de la insensibilidad e ignorancia para quien los únicos valores meritorios derivaban del patriotismo, la disciplina o el ardimiento.

—Pero ¿es que no te importa un futuro halagüeño para tus hijos? —le espetó, en un exceso indisimulado de cólera.

El reproche, cuestionando su responsabilidad paternal, hirió profundamente la sensibilidad del militar, amén de que no estaba acostumbrado a que nadie le hablara en ese tono tan desabrido e inquisitorio.

Abandonó, pues, definitivamente, la lectura de los documentos, forzó una sonrisa sardónica, sus ojos se trocaron sombríos y torvos y, acercando el rostro al de su esposa, la fulminó con la mirada penetrante de un general prusiano, sin mediar palabra alguna.

La esposa, que nunca había contemplado en él semejante expresión de ira, retrocedió asustada y salió corriendo de la sala.

La escena ya no se repitió, tampoco hubo alusiones o admoniciones y tan solo se orilló en la memoria de ambos. Sin embargo, aunque las relaciones matrimoniales no se resintieron y Juana Isabel siguió tomando las principales decisiones referentes a la educación de los hijos, la esposa supo que su comportamiento futuro no debía pasar los umbrales del respeto o desconsideración debida a su marido.

No obstante, Juana, convencida de la importancia de una buena educación, no cesará en su empeño de procurarles una sólida formación, especialmente para Sofie, como argumento para triunfar en la vida.

A pesar de su convicción en esa premisa, se resignó a dejar pasar el tiempo, bien por desidia o por no contrariar los deseos de su esposo, sin tomar decisiones encaminadas a aquellos objetivos.

Las consecuencias fueron nefastas, sobre todo para Sofie, que se plantó en seis o siete años sin que se atendiera, de una manera consciente y sistematizada, sus necesidades educativas.

Sin embargo, y por otra parte, la niña pasó esos primeros años de infancia sin restricciones o reserva alguna en cuanto a controlar su tiempo o sus actividades lúdicas.

Creció, pues, libre, si no feliz por la amargura de sus carencias afectivas, sí, en armonía con una naturaleza salvaje y prístina que, sin duda, ayudó a conformar una personalidad imaginativa, aventurera y resoluta.

No sería hasta el 10 de noviembre de 1736, con el nacimiento de Augusta Cristina Carlota, cuando la familia recobró el pulso del consenso y la responsabilidad. Solo que la neonata, enclenque y enteca, no pudo superar sus limitaciones físicas y murió a las dos semanas.

La convulsión fue tremenda y la familia quedó sumida en una suerte de letargo emocional, de pesimismo existencial, que tardaron en superar.

Sin duda, la catarsis les vino al retomar Juana Isabel la idea terapéutica de airear sus mentes con obligaciones formativas que

eclipsaran su desazón o su depresión crónica.

Con los primeros destellos primaverales, comenzaron los paseos, excursiones, juegos en la naturaleza, que cumplieron un notable papel rehabilitador para la madre y los hijos, especialmente, pues pareció que el padre, centrado en sus deberes y ocupaciones militares, logró superar también la pesadumbre.

Así, pues, de acuerdo con la costumbre imperante, por entonces, entre la nobleza alemana, los padres decidieron que la educación que recibieran sus hijos fuera impartida principalmente por tutores franceses.

«Yo fui educada para casarme con alguno de los insignificantes príncipes vecinos», recordará Sofie, más tarde.

Efectivamente, así fue. ¿Para qué otra cosa habían de educarla?

Ciertamente, no había muchas grandes cortes en Europa y los pretendientes elegían entre todas las princesas, y había muchas. La elección se efectuaba por razones principalmente políticas y era inimaginable que una familia soberana de Europa pudiera tener interés en emparentarse con la insignificante corte de Zerbst.

Para convertirse en la mujer adecuada a un pequeño príncipe alemán de la época, lo más importante era que la princesa hablara y escribiera en francés, pues, en aquellos momentos, el idioma alemán era considerado, en la misma Alemania, feo y vulgar; luego, ha de saber también un poco de baile y algo de música, respetar las costumbres y la religión, amén de poseer buenos y sencillos modales de urbanidad y finura.

Este será el ideal educativo a conseguir para la pequeña Sofie.

Por acuerdo tácito, Juana se encargó de hacer las gestiones para conseguir un buen preceptor que se aviniera a trasladarse a Stettin. Sin embargo...

—¡No hay manera de conseguir un tutor francés! —se lamentaba una noche de velada junto al fuego.

—Prueba con un maestro alemán que conozca la cultura gala y domine su idioma —sugirió el esposo con lógica naturalidad.

—¡De ninguna manera! —replicó Juana apodícticamente contrariada. Y añadió—: Tiene que ser necesariamente nativo francés.

Por toda respuesta, Cristian Augusto se encogió de hombros y pasó olímpicamente del asunto. Como buen militar, sabía lo que era luchar contra un muro ciclópeo; al igual que estaba seguro de que la persistencia y tozudez de su esposa conseguirían sus objetivos.

Durante un buen rato, la vio rumiar su impotencia y, también, notó cómo se le iluminaba la cara de contento cuando pareció toparse con la solución. Con alharacas y aspavientos hiperbólicos, verbalizó lo que bullía en su cabeza:

—¡Pues claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —exclamó, posando su mirada reprobativa en la expresión indiferente de su marido, que, por deferencia, se dignó mostrarle atención—. ¡Isabel Babette Cardell!

—¿Quién es esa? —inquirió Cristian Augusto, ahora, con cierto interés.

—Fue mi competente institutriz francesa, en Schleswig-Gottorp —explicó ufana y jactanciosa.

—Pero ¿sigue allí? ¿No será demasiado mayor para aventurarse hasta aquí? —objetó con cierto sarcasmo.

Por toda respuesta, Juana se calló, imaginando la situación actual de la maestra y valorando las posibilidades de que fuera la elegida.

—Era una maestra muy joven, competente, cariñosa, apasionada por la enseñanza y sigue siendo la tutora de mi hermano pequeño Jorge Luis. Cuando me casé contigo, fue una separación lacerante, pues la quería mucho y recuerdo que me prometió acudir a mi ayuda si la necesitaba para futuros hijos míos.

—¿Crees que accederá?

—Si no tiene imponderables personales, estoy segura. Voy a escribirle de inmediato —afirmó llena de contento.

Como quiera que, en Schleswig—Gottorp, era fácil encontrar una tutora de garantías, los padres de Juana Isabel no tuvieron inconveniente en aceptar, al igual que la demandada mademoiselle Babette, el requerimiento de su angustiada hija para que aquella se trasladara a Stettin.